

PRIMERA PARTE.

Dios Padre cargó sobre su Hijo las iniquidades de todos los hombres (1), y le sometió á la humillacion, al dolor y á la muerte, en expiacion de ellas. Obediente el Hijo, que no se ha encarnado sino para hacer la voluntad del Padre (2), acepta el sacrificio, y lleva á la Cruz al hombre viejo, á la humanidad pecadora, para expiar su culpa, destruir el cuerpo de pecado (3), borrar el decreto que la condenaba clavándolo en la Cruz (4), reconciliarla con Dios (5), y merecerle la filiacion divina por adopcion (6). Consuma su obra y descende á la última humillacion, á la del sepulcro, que recuerda siempre al hombre la terrible sentencia: eres polvo, y en polvo te convertirás (7). Pero el Hijo de Dios no debe permanecer allí: es el Santo de los Santos, y no permite Dios que vea la corrupcion (8); es el segundo Adan, que devuelve al hombre con creces lo que el primero le hizo perder, y por quien han de ser vivificados todos, y por lo mismo ha de triunfar de la muerte como triunfó del pecado (9), y salir del sepulcro gloriosamente resucitado

(1) Isai. LIII, 6.

(2) Joann. VI, 38.

(3) Rom. VI, 6.

(4) Coloss. II, 14.

(5) Id. I, 20.

(6) Gal. IV, 5.

(7) Gen. III, 19.

(8) Psalm. XV, 10.

(9) I Cor. XV, 22.

para ser la causa de nuestra resurreccion y el ejemplar del hombre que renace para Dios (1). Como en su persona representó á la humanidad pecadora para redimirla del pecado, representa tambien á la humanidad regenerada, al hombre renovado á imágen del que le crió.

Yo no me detengo, Señores, á probar la verdad de la resurreccion de Jesucristo. Haria una ofensa á vuestra fe, si quisiera demostraros este hecho, que es el fundamento mas sólido de ella. Si Jesucristo no ha resucitado; dice San Pablo, nuestra fe es vana, es inconcebible; mas todavía, si no ha resucitado Jesucristo, continuamos en la esclavitud del pecado (2). Él habia anunciado repetidas veces que resucitaria: á los que le pedian pruebas de su divinidad y de su mision, les dijo que no les daria otra que su resurreccion (3). Como lo anunciára, así se cumplió; y la Sinagoga, que en su insensata obstinacion se propuso impedirlo primero y ocultarlo despues, tuvo que confesarse vencida ante los testimonios ineludibles de la verdad que la humillaba. La reconoció el mismo Pilato, que dió la sentencia de muerte contra Jesucristo, y escribió sobre ella al Emperador Tiberio (4); la refiere el Evangelio, los Apóstoles la predicaron como testigos, que sellaron la verdad con su sangre, la Iglesia la proclama, el mundo la cree y la celebra, y las generaciones se han lanzado ansiosas y se han postrado ante el sepulcro glorioso, sobre cuya losa la mano del hombre no tuvo tiempo á escribir esa palabra que compendia el proceso de la miseria humana:

(1) Resurrectio Christi est causa efficiens et exemplaris nostræ resurrectionis. (S. Thom., 1 p., q. 56, art. 1 ad 3.)

(2) I Cor. XV, 17.

(3) Matth. XII, 39.

(4) Flavio Josefo, *Antigüedades Judáicas*.

Hic jacet, aquí yace; y en cuya cavidad resuena siempre la voz del ángel: *Surrexit, non est hic:* ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive y es autor de la vida? (1)

La resurrección de Jesucristo, Señores, es la antítesis más perfecta de su pasión. En esta se le vió abatido, humillado como leproso herido por Dios (2), como hombre sin ayuda (3), puesto á merced de sus enemigos, muerto, y hasta en su sepulcro, objeto de la saña de la Sinagoga (4). En la resurrección es todo lo contrario. En un instante, por virtud del Verbo, el alma se une al cuerpo, y el cuerpo revive, queda revestido de la gloria de la divinidad que en él habita, y libre de las ligaduras que le oprimían, cicatrizadas sus llagas, sale del sepulcro sin abrirlo, como salió del seno de la inmaculada María (5), vencedor de la muerte y del infierno, y adornado con todos los dotes de un cuerpo glorioso. La tierra le rinde homenaje, moviéndose en terremoto, que llena de espanto á los guardas del sepulcro; el sol, dice San Pedro Crisólogo, ahuyenta antes de tiempo las tinieblas, para celebrar el triunfo del Criador (6); los ángeles descienden, abren el sepulcro para que se le vea vacío, y anuncian el prodigio (7); y la muerte se veprecisa da á

(1) Matth. XXVIII, 6.—Luc. XXIV, 5.

(2) Isai. LIII, 4.

(3) Psalm. LXXXVII, 5.

(4) Matth. XXVII, 64.

(5) Christus enim ut ex clauso Virginis utero natus est, sic et e clauso sepulchro surrexit. (A Lapide, in Matth., c. 28.)

(6) Sol qui præter horam, ut Domino compateretur, abscesserat, claritate cum resurgeret Dominus ante tempus occurrit: et qui ut suo commoveretur auctori, ipsam meridianam suam mortificaverat claritatem, ut consurgeret auctori suo, evictis tenebris, autelucanus erupit. (S. Petr. Chrisol., *Serm. 82 de Christi Resurr.*)

(7) Matth. XXXVIII, 2.

humillarse y reconocerse vencida, devolviendo los despojos de muchos justos que resucitaron por virtud de Jesucristo, para hacer más gloriosa y auténtica su victoria (1). Con razón canta la Iglesia: En tu resurrección, oh Cristo, se gozan el cielo y la tierra (2), porque ella es el ejemplar y la causa de la nuestra.

Doble muerte nos atrajo el pecado, hermanos: la muerte del alma por la privación de la gloria, y la del cuerpo como castigo impuesto por Dios, que había dicho al hombre: en cualquier día que comieres de la fruta vedada, morirás de muerte (3). De una y otra nos libra el Verbo encarnado, restaurador de todas las cosas. De la muerte espiritual, redimiéndonos del pecado y comunicándonos la vida de la gracia, y de la corporal, mereciéndonos la resurrección de nuestra carne, de la que es ejemplar su gloriosa resurrección. Vino Jesucristo, dice San Agustín, para que las almas resuciten del pecado y los cuerpos de la corrupción (4). Una y otra se requieren para que sea perfecta la destrucción del pecado y de sus consecuencias, y para que se complete la restauración de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Fué entregado por nuestros delitos, y resucitó para nuestra justificación, dice San Pablo (5). Fué entregado á la muerte para destrucción del pecado, que es la muerte del alma, y resucitó para nuestra justificación, significándonos el tránsito á la vida de la gracia, que es nues-

(1) Matth. XXVII, 52.

(2) In resurrectione tua, Christe, cæli et terra lætantur. (*In Offic. Pasch.*)

(3) Gen. II, 17.

(4) Venit Christus ut resurgerent animæ ab iniquitate, rusurgant corpora a corruptione. (S. August.)

(5) Rom. IV, 25.

tra resurreccion espiritual (1). Estando muertos por el pecado, añadé el mismo Apóstol, nos vivificó, y nos resucitó juntamente con Cristo (2), puesto que, como explica Santo Tomás, la muerte de Cristo, que estinguió en él la vida del cuerpo, es la causa de la destruccion de nuestros pecados, y su resurreccion, por la cual vuelve á nueva vida de gloria, es la causa de nuestra justificacion, por la que volvemos á la vida nueva de la gracia y de la justicia (3). Por ello, en su liturgia, dice la Santa Iglesia: Muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró nuestra vida (4).

Para que mejor lo comprendamos, y deduzcamos consecuencias saludables, añade San Pablo: ¿No sabeis que los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? Somos sepultados en muerte por el bautismo, para que, como Cristo resucitó de la muerte á la vida para gloria del Padre, asi nosotros andemos en novedad de vida. Ingeridos en Cristo á semejanza de su muerte, debemos serlo á semejanza de su resurreccion. No vivais, pues, ya para el pecado, sabiendo que el hombre viejo fué crucificado con Cristo, y murió en la cruz (5): vivid como resucitados para Dios, vivid la vida del hombre nuevo, criado en santi-

(1) Crucifixus est ut ostenderet in cruce veteris hominis nostri occisum, et resurrexit ut in vita sua ostenderet nostræ vitæ novitatem. (S. August., in dieb. Pasch. serm. 2.)

(2) Ephes. II, 6.

(3) Quia effectus habet similitudinem causæ, mortem Christi, qua extincta est in eo mortalis vita, dicit esse causam extinctionis peccatorum nostrorum: resurrectionem autem ejus, qua rediit ad novam vitam gloriæ, dicit esse causam justificationis nostræ, per quam reddimus ad novitatem justitiæ. (S. Thom., in Ep. ad Rom., c. 4, lect. 3.)

(4) Mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit. (Præf. Pasch.)

(5) Rom. VI, 3, 6.

dad y en justicia de verdad (1), que se renueva á imagen del que le crió (2); y resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está él sentado á la diestra de Dios. Gustad las cosas de arriba, no las de la tierra, que dan lugar á la corrupcion del pecado (3), y si mora en nosotros el espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por ese espíritu que en vosotros vive (4).

Estas palabras de San Pablo nos dicen claramente que Jesucristo no resucitó tan solo para nuestra espiritual restauracion, sino tambien para nuestra resurreccion corporal, de la que es causa eficiente la del Salvador (5). En él y por él han de ser restauradas todas las cosas, y no sería completa esta obra divina, si el hombre á quien quiso Dios inmortal (6), para que en cuerpo y alma fuese llevado á la consumacion de la gloria, y que, por envidia del diablo, fué arrastrado al pecado, y por él á la muerte (7), no fuese reintegrado en lo que esperaba desde el principio, por quedar su cuerpo envuelto para siempre en el polvo de que fué formado. La justicia de Dios le condenó á la muerte por el pecado; pero su misericordia, á la vez que le dió la esperanza de la redencion, anunciándole la venida del que habia de destruir la obra del pecado, le hizo esperar tambien que se levantaria del polvo, y recobraría la plenitud de la vida y de la inmortalidad. Esto hacía exclamar al Santo

(1) Ephes. IV, 24.

(2) Colos. III, 10.

(3) Id. id., 1.

(4) Rom. VIII, 11.

(5) S. Thom., 3 p., q. 56, art. 1.

(6) Sap. II, 23.

(7) Id. id., 24.

Job en medio de sus dolores y miserias: Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro: esta esperanza está depositada en mi pecho (1).

Expiado y destruido el pecado, que es la causa de la muerte, debe esta quedar vencida, y vencida queda desde luego en Jesucristo resucitado, sobre quien no tiene ya imperio alguno (2), y vencida ha de quedar por él en la humanidad entera, dice San Pablo, cuando reducidos á la impotencia, y aniquilados todos sus adversarios, será por último destruida la enemiga muerte (3). Será la última, dice San Juan Crisóstomo, porque siendo ella fruto del pecado, ha de ser por completo vencida cuando haya sido destruido para siempre el poder del demonio, y el pecado por su influjo introducido en el mundo para ser causa de la muerte (4).

Esta es la obra de Jesucristo, este su triunfo iniciado en su resurrección. Dios quiere, dice Santo Tomás explicando á San Pablo, restaurar la naturaleza humana, y habiendo sido esta corrompida por un hombre, por quien entró la muerte, corresponde á la dignidad de la misma naturaleza ser reintegrada en la vida por otro hombre (5). Por un hombre el pecado, dice el Apóstol,

(1) Job. XIX, 25.

(2) Rom. VI, 9.

(3) I Cor. XV, 26.

(4) Post omnes, post diabolum, post cætera omnia. Nam et initio postrema invasit. Prius consilium diaboli fuit, deinde transgressio, tum denique mors. Potestate quidem etiam nunc aboletur; sed re tum tandem. (S. Joann. Chrys., *Hom. 39 in Ep. ad Cor.*)

(5) Deus voluit reintegrare humanam naturam, sed humana natura corrupta est per hominem, quia mors intravit per hominem. Pertinebat ergo ad dignitatem humanæ naturæ ut reintegraretur per hominem, hoc autem est, ut reducatur ad vitam. (S. Thom., *in 1 ad Cor., c. 15, lect. 3*)

por otro hombre la gracia y la justicia (1). Por un hombre la muerte; por otro hombre la resurrección. En Adán morimos todos; en Jesucristo resucitaremos todos; aunque no con igual suerte en la eternidad (2).

Ved aquí por qué al hablar San Pablo del triunfo de Jesucristo, llama á este primicia de los muertos (3), y primogénito entre ellos (4), para que mas claramente comprendamos que, resucitado el que es nuestra cabeza, hemos de resucitar nosotros, debiéndolo al Salvador, que una y otra vez nos promete en el Evangelio que nos resucitará en el último de los días (5).

En ese día se consumará el triunfo de Jesucristo y el de todos sus miembros participantes de su gloria, y cantaremos como nos dice el Apóstol: «Tragada ha sido la muerte en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón? Aguijón de la muerte es el pecado; estipendio de la muerte es el pecado. Destruído éste, vencida queda aquella para siempre. Gracias mil á Dios, que nos ha dado la victoria por Nuestro Señor Jesucristo.» (6) Resucitados ya de la muerte del pecado á la vida de la gracia, y llenos de fe y de esperanza como Job, podemos cantar también desde ahora ese himno, porque nuestra victoria empezó cuando Jesucristo, triunfando de la muerte y del pecado, salió del sepulcro como primicia de la resurrección y como cabeza de la humanidad, en quien se representa la causa de toda ella; y resucitando consigo á muchos Santos de la antigua ley, realizó lo

(1) Rom. V, 12, 18.

(2) I Cor. XV, 21, 22.

(3) Id. id., 20.

(4) Colos. I, 18.

(5) Joann. VI, 40, 45, 55.

(6) I Cor. XV, 54, 57.